

## EL SERVICIO PARA LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

(Viernes: sesión de la noche)

Mensaje tres

### Servir a Dios en nuestro espíritu en el evangelio de Su Hijo

Lectura bíblica: Ro. 1:1, 9; 15:16

- I. **Con respecto a todos los requisitos relacionados a los creyentes revelados en el Nuevo Testamento, especialmente el requisito de anunciar el evangelio de Dios, necesitamos recibir el suministro divino del Cuerpo por medio de la impartición del Dios Triuno procesado—Ef. 3:2; He. 4:16; Ro. 5:17, 21; Jn. 7:37-38; Hch. 6:4; Fil. 1:5-6, 19-25.**
- II. **Necesitamos ver que nuestro servicio a Dios en el evangelio es la adoración que le rendimos a Dios; en el Nuevo Testamento, servir a Dios en realidad equivale a adorar a Dios—Mt. 4:9-10; Cnt. 1:2; cfr. Sal. 2:11-12:**
  - A. Pablo dice que los creyentes en Tesalónica se volvieron “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”—1 Ts. 1:9:
    1. Dios debe ser viviente para nosotros y en nosotros en todo aspecto de nuestra vida diaria; el hecho de que Dios nos regule, dirija, corrija y calibre, incluso en detalles tales como nuestros pensamientos y motivos, es prueba de que Él es viviente—Fil. 1:8; 2:5, 13; 1:20.
    2. Vivimos bajo el control, la dirección y la corrección del Dios vivo a fin de ser un modelo de las buenas nuevas que propagamos—1 Ts. 1:5-8; 2:10; 2 Ts. 3:5.
  - B. Como creyentes en Cristo, debemos llevar una vida en nuestro espíritu que dé testimonio de que el Dios a quien adoramos y servimos es viviente en todos los detalles de nuestra vida; la razón por la cual no hacemos o decimos ciertas cosas debiera ser que Dios vive en nuestro ser—Ro. 8:6, 16.
- III. **Pablo dice que fue “apartado para el evangelio de Dios” (1:1), y declara: “Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de Su Hijo” (v. 9):**
  - A. La palabra griega traducida “sirvo” en Romanos 1:9 significa “servir en adoración”, tal como se usa en Mateo 4:10, 2 Timoteo 1:3, Filipenses 3:3 y Lucas 2:37; Pablo consideraba su predicación del evangelio como adoración y servicio a Dios, no meramente como una obra.
  - B. Cuando nos venimos a servir a Dios, o adorar a Dios, debemos tener una conciencia que ha sido purificada con la sangre; es necesario que nuestra conciencia contaminada sea purificada para que sirvamos a Dios de una manera viva—He. 9:14; 10:22; 1 Jn. 1:7, 9; Hch. 24:16; cfr. 1 Ti. 4:7.
  - C. Servir a Dios en el evangelio equivale a servirle en el Cristo todo-inclusivo, puesto que el evangelio es sencillamente Cristo mismo—Hch. 5:42; Ro. 1:3-4; 8:29.
  - D. A fin de predicar el evangelio del Hijo de Dios, debemos estar en nuestro espíritu regenerado (1:9); en el libro de Romanos Pablo recalca que todo lo que

somos (2:29; 8:5-6, 9), todo lo que tenemos (vs. 10, 16) y todo lo que hacemos para Dios (1:9; 7:6; 8:4, 13; 12:11) debe darse en nuestro espíritu.

- E. Pablo no servía a Dios en su alma por medio del poder y capacidad del alma, sino en su espíritu regenerado por medio del Cristo que, como Espíritu vivificante, moraba en él; éste es el primer ítem importante de su predicación del evangelio.
- F. El evangelio de Dios, para el cual Pablo fue apartado, es el tema del libro de Romanos; el libro de Romanos puede ser considerado el quinto evangelio—1:1; 2:16; 16:25:
  - 1. Los primeros cuatro Evangelios tratan del Cristo encarnado, del Cristo en la carne, que vivía entre Sus discípulos; el evangelio en Romanos nos habla del Cristo resucitado como Espíritu que vive dentro de Sus discípulos—8:2, 6, 9-11, 16.
  - 2. Necesitamos el quinto evangelio, el libro de Romanos, para revelar al Salvador subjetivo dentro de nosotros como evangelio subjetivo de Cristo.
  - 3. El mensaje central del libro de Romanos es que Dios desea transformar a pecadores en la carne de modo que sean hijos de Dios en el espíritu, a fin de que sean los constituyentes del Cuerpo de Cristo, el cual se expresa como las iglesias locales—v. 29; 12:1-5; cap. 16.
  - 4. Todos debemos ejercer nuestra función como sacerdotes del evangelio de Dios según la revelación presentada en el libro de Romanos; debemos aprender los elementos y detalles que componen el evangelio, debemos experimentar todo el contenido del evangelio y debemos ejercitar nuestro espíritu para aprender a ministrar el evangelio—15:16.

#### **IV. “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren”—Jn. 4:24:**

- A. Contactar a Dios el Espíritu con el espíritu es beber el agua viva, y beber el agua viva es rendir verdadera adoración a Dios—vs. 10-14.
- B. Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo unigénito para que los pecadores crean en Él y beban de Él, el Dios Triuno que fluye, a fin de que lleguen a ser la totalidad de la vida eterna, es decir, la Nueva Jerusalén—3:16; 4:14b; cfr. Jer. 2:13.
- C. Según la tipología, a Dios se le debe adorar en el lugar que Él escogió para Su habitación (Dt. 12:5, 11, 13-14, 18) y con las ofrendas (Lv. 1—6); el lugar que Dios escogió como Su habitación tipifica el espíritu humano (Ef. 2:22), y las ofrendas tipifican a Cristo (He. 10:5-10).
- D. La realidad divina es Cristo como la realidad de todas las ofrendas del Antiguo Testamento con las cuales se adora a Dios (Jn. 14:6; 1:29; 3:14) y como la fuente del agua viva, el Espíritu vivificante (4:7-15), de la cual participan y beben Sus creyentes, para llegar a ser la realidad en ellos (1 Co. 12:13; Jn. 7:37-39).
- E. Al disfrutar a Cristo como la realidad divina de las ofrendas en nuestro espíritu, Él llega a ser nuestra autenticidad y sinceridad (veracidad) para la verdadera adoración a Dios—4:24.

#### **V. “Nosotros somos la circuncisión, los que servimos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”—Fil. 3:3; cfr. Ro. 2:28-29:**

- A. La carne se refiere a todo lo que somos y tenemos en nuestro ser natural; todo lo que sea natural, sea bueno o malo, es la carne—Fil. 3:4-6.
- B. Como creyentes en Cristo, no debemos confiar en nada de lo que tengamos por nuestro nacimiento natural, pues todo lo procedente de nuestro nacimiento natural forma parte de la carne.
- C. Aun cuando hemos sido regenerados, podríamos seguir viviendo en nuestra naturaleza caída, gloriarnos de lo que hacemos en la carne y poner nuestra confianza en nuestras cualidades naturales; por tanto, es importante que estos versículos en Filipenses 3 nos conmuevan de una manera profunda y personal.
- D. Debemos permitir que la luz del Señor resplandezca sobre nosotros con relación a nuestra naturaleza, nuestras obras y la confianza que tenemos en la carne; necesitamos que el Señor nos ilumine para ver que aún vivimos mucho por la carne y nos gloriamos en nuestras obras y nuestras destrezas.
- E. Un día, cuando seamos iluminados al respecto, querremos postrarnos delante del Señor y confesar cuán inmunda es nuestra naturaleza; entonces condenaremos todo cuanto hacemos regidos por nuestra naturaleza caída; veremos que a los ojos de Dios todo aquello realizado en la naturaleza caída es maligno y merece ser condenado.
- F. Antiguamente, nos jactábamos de nuestras obras y destrezas; pero llegará el tiempo cuando en lugar de gloriarnos en la carne con sus destrezas, la condenaremos; entonces nos gloriaremos en Cristo solamente al comprender que en nosotros mismos carecemos de toda base para gloriarnos.
- G. Únicamente cuando hayamos sido iluminados por Dios podremos decir que verdaderamente no confiamos en nuestras cualidades, destreza o inteligencia naturales; sólo entonces podremos testificar que nuestra confianza está puesta completamente en el Señor; después que hayamos sido iluminados de este modo, verdaderamente podremos servir y adorar a Dios en nuestro espíritu y por el Espíritu.

**VI. A fin de servir a Dios en el evangelio de Su Hijo, necesitamos ver que somos hombres en la carne, que servimos únicamente para morir y ser sepultados; en esto consiste seguir el modelo establecido por el Señor para cumplir toda justicia y entrar en el ministerio de la era—Mt. 3:13-17; 21:32:**

- A. La base sobre la cual Jesús fue bautizado es que Él, según Su humanidad, se consideraba un hombre, particularmente un israelita, quien era un hombre “en la carne” (cfr. Fil. 3:3; Jn. 1:14); aunque Él únicamente tenía “ semejanza de carne de pecado” (Ro. 8:3), “sin pecado” (He. 4:15), Él aún estaba “en la carne”, la cual no tiene nada bueno en ella, sino que sirve únicamente para morir y ser sepultada.
- B. Basado en este hecho, al comienzo de Su ministerio para Dios, Él estuvo dispuesto a ser bautizado por Juan el Bautista, reconociendo que, según Su humanidad, Él no poseía nada que lo calificara para ser un siervo de Dios.
- C. Como hombre en la carne, Él necesitaba ser un hombre muerto, sepultado en las aguas de la muerte, a fin de cumplir el requisito neotestamentario de Dios conforme a Su justicia, y Él hizo esto por voluntad propia, considerándolo como el cumplimiento de la justicia de Dios.

- D. Esto muestra que no debemos introducir nada que proceda de nuestra vida natural, de nuestra carne, en el ministerio de Dios en el servicio de Su evangelio.
- E. En nuestra vida y nuestra obra, todos deberíamos declarar: “Soy una persona en la carne, que sirvo únicamente para morir y ser sepultada; por lo tanto, deseo ser aniquilado, crucificado y sepultado”—cfr. Gá. 2:20.

**VII. Nuestra obra y labor para el Señor en el evangelio no se efectúan por medio de nuestra vida natural ni nuestra capacidad natural, sino por medio de la vida y poder de resurrección del Señor; la resurrección es el principio eterno que regula nuestro servicio a Dios—Nm. 17:8; 1 Co. 15:10, 58; 16:10:**

- A. El Espíritu vivificante es la realidad del Dios Triuno, la realidad de la resurrección y la realidad del Cuerpo de Cristo—Jn. 16:13-15; 20:22; 1 Co. 15:45; Ef. 4:4.
- B. La resurrección significa que todo proviene de Dios y no de nosotros, que solo Dios es capaz y nosotros no lo somos, y que Dios es quien lo hace todo y no nosotros—Nm. 17:8.
- C. Todos los que conocen la resurrección han perdido toda esperanza en sí mismos; ellos saben que no pueden hacer nada; todo lo que procede de la muerte nos pertenece a nosotros y todo lo relacionado con la vida le pertenece al Señor—2 Co. 1:8-9; cfr. Ec. 9:4.
- D. Tenemos que reconocer que no somos nada, no tenemos nada ni podemos hacer nada; debemos llegar a nuestro propio fin para convencernos de nuestra total inutilidad—Éx. 2:14-15; 3:14-15; Lc. 22:32-34; 1 P. 5:5-6.
- E. El Cristo resucitado como Espíritu vivificante vive en nosotros, capacitándonos para hacer lo que jamás podríamos hacer en nosotros mismos—1 Co. 15:10; 2 Co. 1:8-9, 12; 4:7-18.
- F. Cuando no vivimos por nuestra vida natural, sino por la vida divina que está en nosotros, estamos en resurrección; el resultado de esto es la realidad del Cuerpo de Cristo, que es la meta del evangelio de Dios—Fil. 3:10-11; Ef. 1:22-23.

**Extractos de las publicaciones del ministerio:**

**EXPERIMENTAR LA IMPARTICIÓN DE LA TRINIDAD DIVINA  
EN SERVIR Y ADORAR A DIOS**

En el Nuevo Testamento, servir a Dios en realidad equivale a adorar a Dios. Uno no puede servir a Dios sin adorarle, ni tampoco puede adorarle sin servirle. Por ejemplo, en Mateo 4 el Señor Jesús fue tentado por el diablo con respecto a la adoración. En referencia a los reinos de este mundo y su gloria, el diablo le dijo: “Todo esto te daré, si postrándote me adoras” (v. 9); a lo cual el Señor Jesús respondió: “Escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás’” (v. 10). Aquí vemos que adorar en realidad significa servir. Por tanto, adorar a Dios es servir a Dios. Sin servir a Dios no podemos rendirle verdadera adoración.

En 1 Tesalonicenses 1:9b Pablo dice que los creyentes en Tesalónica se volvieron “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”. La palabra griega aquí traducida “servir” literalmente significa servir como esclavo. De la manera en que se usó en el versículo 9, la palabra *servir* es todo-inclusiva. Ella incluye todo cuanto hacemos en nuestro diario vivir.

Dios es viviente porque Él es verdadero y no falso. Por tanto, en 1:9 Pablo se refiere a servir al Dios vivo y verdadero. La iglesia de los tesalonicenses estaba conformada por creyentes

que servían al Dios vivo, el cual es verdadero. Esto también es lo que nosotros hacemos en la actualidad. El hecho de que servimos al Dios vivo demuestra que estamos en Dios el Padre (v. 1). Si no estuviéramos en el Padre, no serviríamos al Dios vivo.

En 1:9 la palabra *vivo* es mencionada antes que la palabra *verdadero*. Es relativamente fácil servir al Dios verdadero; no es tan fácil servir al Dios vivo. No obstante, debemos servir al Dios vivo. En nuestra vida diaria, Dios debe ser viviente para nosotros y en nosotros. Él debe ser viviente en nuestro hablar, en nuestra conducta y en todo aspecto de nuestro diario vivir.

Mediante nuestro diario vivir demostramos que Dios es un Dios vivo. Si Dios no fuera vivo, nuestra vida diaria sería muy diferente. Nuestro vivir actual es un testimonio de que el Dios a quien servimos es viviente. Él es viviente en nosotros, y Él nos regula, nos dirige y nos disciplina. Él no nos dejará ir, sino que en relación con muchos asuntos, Él nos corrige y calibra. El hecho de que Dios nos regule y dirija, incluso en detalles tales como nuestros pensamientos y motivos, es prueba de que Él es viviente. Vivimos bajo el control, la dirección y la corrección del Dios vivo. Como creyentes en Cristo debemos llevar una vida que dé testimonio de que el Dios a quien adoramos y servimos es viviente en todos los detalles de nuestra vida. La vida cristiana apropiada debe dar testimonio de que Dios es el Dios vivo. La razón por la cual no hacemos o decimos ciertas cosas debiera ser que Dios vive en nuestro ser. El Dios al que adoramos y servimos es viviente no solamente en los cielos, sino también en nosotros. Nos hemos vuelto de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero. Sin duda alguna, cuando Dios es viviente para nosotros en nuestra experiencia, Él también es verdadero.

### **Con su conciencia purificada de obras muertas**

Cuando venimos a servir a Dios, o adorarle, debemos tener una conciencia pura, una conciencia purificada de obras muertas o de cualquier clase de ofensa. Hebreos 9:14 dice: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo?”. En la cruz, Cristo se ofreció a Sí mismo a Dios en un cuerpo humano, lo cual es un evento en el tiempo; pero Él se ofreció a Sí mismo mediante el Espíritu eterno, el cual es de la eternidad, quien no está limitado por el tiempo. Debido a que Cristo se ofreció a Sí mismo mediante el Espíritu eterno, Su sangre tiene eficacia eterna para purificar nuestra conciencia a fin de que podamos servir y adorar al Dios vivo.

La sangre de Cristo purifica nuestra conciencia para que sirvamos al Dios vivo. Servir al Dios vivo requiere una conciencia purificada con sangre. Adorar en la religión, que es algo muerto, o servir cualquier cosa muerta, cualquier cosa que esté separada de Dios, no requiere que nuestra conciencia sea purificada. La conciencia es la parte principal de nuestro espíritu. El Dios vivo a quien deseamos servir viene siempre a nuestro espíritu (Jn. 4:24) y toca nuestra conciencia. Él es justo, santo y viviente. Es necesario que nuestra conciencia contaminada sea purificada para que le sirvamos a Él de una manera viva. Adorar a Dios en nuestra mente de una manera religiosa no requiere eso.

Hebreos 9:14 habla de las “obras muertas” y del “Dios vivo”. Puesto que estábamos muertos (Ef. 2:1; Col. 2:13), todo lo que hicimos, bueno o malo, fueron obras muertas a los ojos del Dios vivo. El libro de Hebreos no enseña religión, sino que revela al Dios vivo (3:12; 9:14; 10:31; 12:22). Para tocar al Dios vivo necesitamos ejercitar nuestro espíritu y tener una conciencia purificada por la sangre. La sangre de Cristo fue derramada para el perdón de los pecados (Mt. 26:28), y el nuevo pacto fue consumado con esta sangre (He. 10:29; Lc. 22:20). Dicha sangre efectuó una redención eterna para nosotros (He. 9:12; Ef. 1:7; 1 P. 1:18-19) y ahora nos lava

de nuestros pecados (Ap. 1:5; 1 Jn. 1:7) y purifica nuestra conciencia para que podamos servir y adorar al Dios vivo.

### **En su espíritu en el evangelio del Hijo de Dios**

Los creyentes sirven y adoran a Dios en su espíritu en el evangelio del Hijo de Dios. Pablo dice: “Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de Su Hijo” (Ro. 1:9a). La palabra griega aquí traducida “servir” significa “servir en adoración” a Dios, y es usada del mismo modo en Mateo 4:10; 2 Timoteo 1:3; Filipenses 3:3 y Lucas 2:37.

Si hemos de servir a Dios y adorarle, tenemos que hacerlo en nuestro espíritu a fin de predicar el evangelio. El servicio y la adoración propios del Nuevo Testamento son llevados a cabo en la predicación del evangelio. Este evangelio no trata acerca de ninguna otra cosa sino acerca del Hijo de Dios. El evangelio del Hijo de Dios se refiere al Cristo todo-inclusivo. Por tanto, servir a Dios en el evangelio es servirle en el Cristo todo-inclusivo. En el Nuevo Testamento, el evangelio es simplemente el propio Cristo. Por esta razón Hechos 5:42 dice que los apóstoles anunciaban “el evangelio de Jesús, el Cristo”.

En Romanos 1:9a Pablo dijo que él servía a Dios en su espíritu. Esto indica que a fin de predicar el evangelio del Hijo de Dios, tenemos que estar en nuestro espíritu. Predicar el evangelio depende de nuestro espíritu. Siempre que predicamos el evangelio, debemos ejercitar nuestro espíritu.

Únicamente en el libro de Romanos Pablo dice que él sirve a Dios en su espíritu. La razón para ello es que en Romanos Pablo estaba argumentando con las personas religiosas que, invariablemente, están en algo distinto a su espíritu, ya sea en la letra, en los formalismos o en las doctrinas. En Romanos Pablo indicó que todo cuanto hagamos para Dios tenemos que hacerlo en nuestro espíritu, que todo cuanto seamos tenemos que serlo en el espíritu y que todo cuanto tengamos debemos poseerlo en nuestro espíritu. En 2:29 él dice que el auténtico pueblo de Dios tiene que serlo en el espíritu, que la verdadera circuncisión no es la externa, de la carne, sino la que tiene lugar en el espíritu. Después, en 7:6 él nos dice que debemos servir a Dios en la novedad del espíritu. Finalmente, en 12:11 Pablo dice que tenemos que ser fervientes en espíritu. Predicar el evangelio de Dios está íntegramente relacionado con nuestro espíritu.

El evangelio de Dios, en el cual servimos a Dios en nuestro espíritu, en realidad es el tema del libro de Romanos. En el primer versículo de este libro Pablo dice que como esclavo de Cristo y apóstol llamado, él fue “apartado para el evangelio de Dios”. Esto indica que la intención de Pablo en Romanos es escribir acerca del evangelio. Todo el libro de Romanos nos presenta el evangelio, las buenas nuevas de Dios, desarrollándolo de forma completa.

Pablo se refiere a su Epístola a los Romanos como un evangelio. En 2:16 él dice: “Dios juzgará los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio, por medio de Jesucristo”. Pablo también tenía la convicción de que Dios confirmaría a los santos en conformidad con su evangelio: “Al que puede confirmaros según mi evangelio, es decir, la proclamación de Jesucristo” (16:25). Por tanto, el libro de Romanos puede ser considerado como el quinto evangelio.

El evangelio en los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento —Mateo, Marcos, Lucas y Juan— trata acerca de Cristo en la carne mientras Él vivió entre Sus discípulos antes de Su muerte y resurrección. El evangelio en Romanos trata acerca de Cristo como Espíritu, no del Cristo en la carne. En Romanos 8 vemos que el Espíritu de vida que mora en nosotros es simplemente Cristo mismo. Cristo está en nosotros. El Cristo de los cuatro Evangelios estaba entre los discípulos, pero el Cristo en Romanos está dentro de nosotros. El Cristo en Mateo, Marcos, Lucas y Juan es el Cristo después de la encarnación y antes de Su muerte y

resurrección. Como tal, Él es un Cristo que está fuera de nosotros. El Cristo en Romanos es el Cristo después de Su resurrección y, como tal, Él es el Cristo dentro de nosotros. Por tanto, el evangelio en Romanos trata acerca de Cristo como Espíritu que está en nosotros después de Su resurrección. Este Cristo es más profundo y subjetivo para nosotros que el Cristo en los cuatro Evangelios.

Si únicamente tenemos el evangelio acerca de Cristo según es revelado en los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento, entonces nuestro evangelio es demasiado objetivo. Tenemos necesidad del quinto evangelio, el libro de Romanos, a fin de que nos sea revelado el evangelio subjetivo de Cristo. Nuestro Cristo no es meramente el Cristo que estaba en la carne después de la encarnación y antes de la resurrección, esto es, el Cristo que estaba entre Sus discípulos. Nuestro Cristo es más profundo y subjetivo. Él es el Espíritu de vida que está dentro de nosotros. Aunque Juan 14 y 15 revelan que Cristo habría de estar en Sus discípulos, esto no se cumplió antes de Su resurrección. El libro de Romanos es el evangelio del Cristo después de Su resurrección, el cual nos revela que ahora Él es el Salvador subjetivo que está en Sus creyentes. Por tanto, este evangelio es más profundo y más subjetivo.

El evangelio de Dios trata acerca del Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor. Por supuesto, el evangelio incluye el perdón y la salvación, pero estos asuntos no son el tema central. El tema central del evangelio es la persona misma de Cristo, el Hijo de Dios. El evangelio no es una doctrina ni tampoco una enseñanza o una religión, sino que es una persona maravillosa: Jesucristo, el Hijo de Dios poseedor tanto de divinidad como de humanidad.

El mensaje principal del libro de Romanos es que personas pecaminosas y carnales pueden ser hechas hijos de Dios y ser conformadas a la imagen del Hijo de Dios. De este modo Cristo llega a ser el Primogénito entre muchos hermanos (8:29). Por tanto, el punto central del evangelio no recae sobre el perdón de los pecados, sino en producir los hijos de Dios, los muchos hermanos del Hijo de Dios. Dios desea transformar a pecadores en la carne de modo que sean hijos de Dios en el espíritu. Si hemos de servir a Dios en el evangelio, todos debemos hacer que ésta sea nuestra meta. Predicamos el evangelio no simplemente para que las personas sean salvas, sean perdonadas de sus pecados o lleguen a ser individuos espirituales, sino para que lleguen a ser hijos de Dios. Éste es nuestro objetivo. En Romanos 15:16 Pablo dice: “Para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles, un sacerdote que labora, sacerdote del evangelio de Dios”. Para Pablo, la predicación del evangelio, el servir a Dios en el evangelio de Su Hijo, constituía un ministerio sacerdotal, un servicio sacerdotal. Como creyentes, todos debemos servir a Dios de esta manera, como sacerdotes, en el evangelio de Su Hijo.

Si hemos de servir a Dios de la manera apropiada, debemos servirle en el evangelio. Para hacer esto, primero debemos conocer en qué consiste el evangelio, y después debemos experimentar todo lo que el evangelio incluye. También debemos aprender cómo ministrar el evangelio a los demás, esto es, cómo desempeñar nuestra función como sacerdotes que ministran el evangelio de Dios. Siempre que contactamos a alguien, ya sea un creyente o un incrédulo, debemos discernir cuál es su necesidad en cuanto al evangelio. Si una persona no está clara con respecto a la salvación, debemos ayudarlo a estar clara e incluso gozosa en cuanto a la salvación de Dios. Debemos servir a tal persona con el evangelio. Otras personas podrían estar claras con respecto a la salvación, pero no acerca de otros aspectos del evangelio; por tanto, tenemos que ministrarles algo que atienda a sus necesidades.

El punto crucial con respecto a servir a Dios en nuestro espíritu en el evangelio de Su Hijo es que ministramos Cristo a los demás en el evangelio. Para hacer esto debemos aprender los elementos que componen el evangelio y sus detalles correspondientes, debemos experimentar

todo el contenido del evangelio y debemos ejercitar nuestro espíritu. Esto es servir a Dios en nuestro espíritu en el evangelio del Hijo de Dios.

### **Por el Espíritu de Dios**

Los creyentes no solamente sirven a Dios en su espíritu, sino que también le sirven por el Espíritu de Dios. En Filipenses 3:3a Pablo dice: “Nosotros somos la circuncisión, los que servimos por el Espíritu de Dios”. La palabra griega aquí traducida “servimos” literalmente significa “servir como sacerdotes”. Todos los creyentes neotestamentarios son sacerdotes para Dios (1 P. 2:9; Ap. 1:6). Por tanto, nuestro ministerio para el Señor, en cualquier aspecto, es un ministerio sacerdotal, un servicio sacerdotal. Como sacerdotes, tenemos que servir a Dios y adorarle en nuestro espíritu y por Su Espíritu. Siempre que nos introducimos en nuestro espíritu, también nos introducimos en el Espíritu de Dios. Asimismo, cuando adoramos a Dios por el Espíritu de Dios, también le adoramos en nuestro espíritu.

Filipenses 3:3a indica que el único servicio aceptable y la única adoración aceptable que le podemos rendir a Dios no se realizan por la carne, sino por el Espíritu de Dios. El Espíritu es el medio por el cual los creyentes pueden servir y adorar a Dios. En cambio, la adoración y servicio judaicos involucran la carne y diversas ordenanzas. Tales ordenanzas incluyen las normas dietéticas, observar el Sábado y la circuncisión. El servicio y la adoración que, en la carne, los judaizantes rendían a Dios no pueden serle aceptables. Por ser creyentes neotestamentarios, nosotros servimos y adoramos a Dios en nuestro espíritu por el Espíritu de Dios. Somos la circuncisión, pues hemos sido auténticamente circuncidados por la crucifixión de Cristo. Mientras que los judaizantes sirven regidos por las ordenanzas de la ley relacionadas con la carne, nosotros servimos por el Espíritu de Dios.

### **En espíritu y con veracidad**

Los creyentes sirven y adoran a Dios en espíritu y con veracidad. “La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y con veracidad [o, realidad]; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad [o, realidad] es necesario que adoren” (Jn. 4:23-24). Según la tipología, la adoración a Dios debe realizarse en el lugar que Él escogió para establecer Su habitación (Dt. 12:5, 11, 13-14, 18) y con las ofrendas (Lv. 1—6). El lugar que Dios escogió como Su habitación tipifica el espíritu humano, donde hoy está la morada de Dios (Ef. 2:22). Las ofrendas tipifican a Cristo. Cristo es el cumplimiento y la realidad de todas las ofrendas con las cuales el pueblo de Dios le adoraba en el Antiguo Testamento. Por tanto, lo dicho por el Señor en Juan 4:23 y 24 acerca de adorar a Dios el Espíritu en nuestro espíritu y con veracidad significa que debemos contactar a Dios el Espíritu en nuestro espíritu, en lugar de hacerlo en una ubicación específica, y por medio de Cristo, en lugar de hacerlo con las ofrendas; pues ahora, debido a que Cristo la realidad ha venido, todas las sombras y tipos han terminado. Dios es Espíritu, y adorar a Dios es contactarle. Contactar a Dios no depende de la ubicación en que estemos, sino que depende del espíritu humano.

En Juan 4:23 el Señor Jesús dijo: “La hora viene, y ahora es”. Esto significa que se ha producido un cambio de era. En el pasado, según la ley de Moisés, Dios dispuso que Su pueblo le adorase en un lugar específico donde Él habría de establecer Su habitación para poner allí Su nombre (Dt. 12:5). Los que adoraban a Dios tenían que ir a ese único lugar. Aquello era un tipo. Ahora la era ha sido cambiada, y el tipo ha sido cumplido. En términos tipológicos, el lugar de adoración ya no debiera ser un determinado lugar geográfico; más bien, tiene que ser el espíritu humano, donde Dios establecerá Su habitación para poner allí Su nombre.

Un asunto crucial que debemos ver es que la adoración genuina, la adoración que Dios el Padre busca, no tiene lugar en una determinada ubicación sino en el espíritu humano. En el Antiguo Testamento el monte Sion, el lugar de la morada de Dios y donde Él puso Su nombre, constituía un tipo del espíritu humano. Según el Nuevo Testamento, la morada de Dios ya no está en monte alguno, ni aun en los cielos. La morada de Dios está en nuestro espíritu. En realidad, nuestro espíritu es tanto la morada de Dios como el lugar del nombre de Dios. Si vamos a cualquier otro lugar para adorar a Dios, esto indica que hemos renunciado al nombre de Dios. Hay solamente un lugar donde podemos ser resguardados en el nombre de Dios, y ese lugar es nuestro espíritu. Cuando venimos a nuestro espíritu, guardamos el nombre de Dios y somos resguardados en Su nombre. La adoración genuina al Padre, la adoración que Él desea, es la adoración que le rendimos a Él en nuestro espíritu.

La adoración genuina a Dios el Padre también es realizada con veracidad. En el Antiguo Testamento los hijos de Israel debían adorar a Dios en el monte Sion con las ofrendas. Las ofrendas tipifican a Cristo como realidad. Cristo es el cumplimiento y la realidad de todas las ofrendas con las cuales el pueblo de Dios le adora. Cristo es la verdadera ofrenda por el pecado, la ofrenda por las transgresiones, el holocausto, la ofrenda de harina y la ofrenda de paz. En la actualidad, adoramos a Dios en nuestro espíritu con Cristo como realidad de todas las ofrendas.

### **Sin poner su confianza en la carne**

Finalmente, al servir y adorar a Dios, los creyentes no deben poner su confianza en la carne. Pablo dice que quienes sirven por el Espíritu de Dios no tienen “confianza en la carne” (Fil. 3:3b). Aquí la carne incluye todo lo que somos y tenemos en nuestro ser natural. El hecho de que los judaizantes pusieran su confianza en la circuncisión era indicio de que habían puesto su confianza en la carne. Ellos confiaban en sus cualidades y destrezas naturales, y no en el Espíritu. En contraste con ello, Pablo afirma categóricamente que quienes hemos creído en Cristo servimos por el Espíritu de Dios, nos gloriamos en Cristo Jesús y no tenemos confianza en la carne.

Podríamos pensar que confiar en la carne simplemente significa confiar en la naturaleza humana caída; pero éste no es el significado de la palabra *carne* en Filipenses 3:3b. Después de afirmar que no debemos poner confianza alguna en nuestra carne, Pablo procede a decir que él fue circuncidado al octavo día, que pertenecía al linaje de Israel, que era de la tribu de Benjamín, que era hebreo, hijo de hebreos, que en cuanto a la ley era fariseo, que en cuanto a celo era perseguidor de la iglesia y que en cuanto a la justicia que es en la ley llegó a ser irreprochable. Todas estas cosas eran aspectos de la carne de Pablo; sin embargo, nosotros podríamos pensar que la carne incluye únicamente cosas malignas, mas no cosas buenas. No obstante, los aspectos honorables, apreciables y superiores de nuestro ser natural siguen siendo la carne. Todo cuanto Pablo hizo conforme a la ley y a su celo era carnal y de la carne. Incluso su justicia según la ley era la carne. Todas las características enumeradas por Pablo en Filipenses 3:4-6 son aspectos de la carne, porque todas ellas son naturales y no son Cristo ni el Espíritu de Dios. Todo lo que sea natural, ya sea bueno o malo, es la carne. Los judaizantes confiaban en su carne al confiar en lo que eran por su nacimiento natural; pero como creyentes en Cristo no debemos confiar en nada de lo que tengamos por nuestro nacimiento natural, pues todo lo procedente de nuestro nacimiento natural forma parte de la carne. A fin de rendir a Dios el servicio y adoración genuinos, todo cuanto hagamos tiene que ser hecho por el Espíritu de Dios, en Cristo y sin confiar en la carne.

Aunque no somos judaizantes, en principio podríamos ser iguales a ellos. Aun cuando

hemos sido regenerados, podríamos seguir viviendo en nuestra naturaleza caída, gloriarnos de lo que hacemos en la carne y poner nuestra confianza en nuestras cualidades naturales. Por tanto, es importante que estos versículos en Filipenses 3 nos conmuevan de una manera profunda y personal. Debemos permitir que la luz del Señor resplandezca sobre nosotros con relación a nuestra naturaleza, nuestras obras y la confianza que tenemos en la carne. Si somos iluminados por el Señor, confesaremos que aun cuando hemos sido regenerados para llegar a ser hijos de Dios poseedores de la vida y naturaleza divinas, todavía vivimos demasiado en la carne. Un día, cuando sea iluminado al respecto, usted querrá postrarse delante del Señor y confesar cuán inmunda es su naturaleza; entonces condenará todo cuanto hace regido por su naturaleza caída. Verá que a los ojos de Dios todo aquello realizado en la naturaleza caída es maligno y merece ser condenado. Antiguamente, nos jactábamos de nuestras obras y destrezas; pero llegará el tiempo cuando en lugar de gloriarnos en la carne con sus destrezas, la condenaremos. Entonces nos gloriaremos en Cristo solamente al comprender que en nosotros mismos carecemos de toda base para gloriarnos.

Únicamente cuando hayamos sido iluminados por Dios podremos decir que verdaderamente no confiamos en nuestras cualidades, destreza o inteligencia naturales. Sólo entonces podremos testificar que nuestra confianza está puesta completamente en el Señor. Después que hayamos sido iluminados de este modo, verdaderamente podremos servir y adorar a Dios en nuestro espíritu y por el Espíritu. (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 1905-1915)